

Recuerdos del doctor Oroz

Entre mis cartapacios de recortes de prensa y de manuscritos hay uno en cuya portada se lee: "Cartas a Filebo". Abro este cartapacio y extraigo un sobre en que mi nombre y mi domicilio aparecen grabados a mano, en tinta azul, con bella caligrafía de estilo gótico. Copio al pie de la letra el contenido de la pulcra esquel, también escrita en parejos y admirables rasgos góticos:

"Santiago, 29 -VII- 85.

Estimado colega:

Desde el momento en que usted publicó, hace algunos días, esas palabras tan bondadosas para conmigo, he tenido la intención de escribirle unas breves líneas de reconocimiento. Diversas circunstancias me han hecho ir posponiendo este propósito.

Ahora, estoy nuevamente en cama y tengo tiempo suficiente para enviarle mis más cordiales agradecimientos por sus generosos conceptos.

Reciba Ud. un sincero y afectuoso saludo.
Rodolfo Oroz".

Tomo la carta que he copiado y la vuelvo a guardar en el cartapacio.

Bien dicen por ahí que la vida tiene más vueltas que una oreja, y que nunca hay que decir nunca ni de esta agua no beberé. En 1978, con motivo del Premio Nacional de Literatura otorgado al doctor Rodolfo Oroz Scheibe, director de la Academia Chilena de la Lengua, yo, miembro de número de dicha corporación y presidente a la sazón de la Sociedad de Escritores de Chile, impugné en forma pública y casi indignada esa designación. Unos días antes había enviado al Ministro de Educación, mi renuncia a formar parte del jurado que debería conferir el premio por juzgar que una serie de factores instituciona-

les hacía notoriamente previsible el resultado. Lo que yo rechazaba, en resumidas cuentas, en nombre de la institución bajo mi presidencia, era la fuerza con que el poder oficial, a través de elementos uniformados, orientaba la voluntad de las personas encargadas de elegir.

Conviene recordar que en 1978 nadie sabía cómo ni cuándo lograría restablecerse la democracia en el país.

Imagino el trago amargo con que hubo de acompañar la buena noticia de su premio el doctor Rodolfo Oroz. En la Academia de la Lengua, cuando mi elección como miembro de número, el doctor Oroz había propiciado mi acogida por unanimidad.

Aparecía yo así, en 1978, como un individuo insolente e ingrato. El villano de la película. Luego se sumó al rechazo del premio nada menos que Ignacio Valente,

José Miguel Ibáñez Langlois. El argumento de fondo en que Ibáñez Langlois y yo coincidíamos era el de que la recompensa estaba destinada a un creador, y que el doctor Oroz no era sino un investigador de la literatura. Los que habían sido alumnos de Oroz en la universidad no podían concebir, al margen de cualquier idea política, como siempre ocurre en estos casos, que se le faltara el respeto a un maestro de su jerarquía, exponiéndolo al trajín del descarnado comentario público.

En una carta a "El Mercurio", junto con estimar impropias de un sacerdote las opiniones de Ibáñez Langlois, el doctor Oroz decía de mí que yo era el mismo Satanás.

Lo cierto es que si yo alguna vez hubiese sido alumno del doctor Oroz jamás me habría permitido la libertad de cuestionar sus méritos. No hay entidad más influyente en la



DOCTOR Rodolfo Oroz Scheibe.

vida de los hombres que la entidad del maestro, del "gurú". Tenía que llegar un forastero, un "meteco", para que se desconociera o no se ponderara la nutrida y singular hoja de servicios del doctor Oroz.

Pasado el furor de aquellos injustos combates, hube de echar mano un día del volumen "La Lengua Castellana en Chile" (Edic. Universidad de Chile, 545 páginas, 1966), obra monumental del doctor Rodolfo Oroz Scheibe. Sentí la urgente necesidad de cantar la palinodia ante el doctor Oroz. Pocos premios más merecidos que el suyo. De otro lado, escasos directores de la Academia Chilena de la Lengua más conscientes que el doctor Oroz del sentido de su misión. Bajo su mandato, esta institución, en plena dictadura, vivió una de sus mejores épocas de esplendor democrático.

